

CICLO DE ENCUENTROS
“TRAYECTORIAS”
Hugo Ratier

Entrevista realizada por
Soledad Gesteira, Agustín Barna y
Soledad Torres Agüero



Desde el año 2008, la Secretaría de Extensión Cultural del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina lleva adelante el *Ciclo de Encuentros “Trayectorias”*¹. En él se realizan entrevistas a antropólogos y antropólogas locales y regionales que recuperan, en primer lugar, su biografía y, a su vez, los sentidos construidos acerca de su práctica profesional. Uno de los

¹ Son responsables del proyecto Soledad Torres Agüero, María Soledad Gesteira y María Mercedes Hirsch.

objetivos principales de este ciclo es poder dejar registro de aquellas historias de vida que han contribuido al desarrollo de la antropología local y/o regional y, por otro lado, aportar a la reflexión sobre la práctica profesional situada de la disciplina.

Actualmente las entrevistas realizadas están disponibles en la página web del Colegio de Graduados². En este número, hemos incorporado la entrevista a Hugo Ratier, realizada durante el año 2009.³

Hugo Ratier es antropólogo egresado de la Universidad de Buenos Aires (UBA), con estudios de posgrado en el Programa de Posgraduación en Antropología Social de la Universidad Federal de Rio de Janeiro, Brasil. Es profesor consulto de la UBA y profesor emérito de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Fue Director del Departamento de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires, Jefe del Departamento de Sociología y Antropología, y Coordinador de la Posgraduación de la Universidad de Paraíba, Brasil, y Director de la Carrera de Antropología en la Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría. Dirige el Instituto de Investigaciones Antropológicas de Olavarría desde 1987 y es presidente del Núcleo Argentino de Antropología Rural (NADAR). Socio fundador del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina, ocupó diversos cargos y fue presidente de 1995 a 1998. Se desempeñó como investigador y docente en las citadas universidades y en la Universidad Federal de Paraíba, Brasil. Desde 1995 investiga asociativismo en poblaciones rurales del campo bonaerense en Olavarría, Azul, Tapalqué, 9 de Julio y Bragado. Ha publicado artículos en revistas especializadas y, entre otros, dos libros *Villeros y Villas Miseria* y *El Cabecita Negra*, editados por el Centro Editor de América Latina, que alcanzaron gran repercusión en el ámbito científico y entre el público en general.

² <http://www.cga.org.ar/trayectorias>.

³ La transcripción de la entrevista audiovisual fue corregida por Soledad Torres Agüero y ajustada a formato de texto, incorporando aclaraciones y modificaciones en función de fomentar la legibilidad del relato. De este modo, el presente texto presenta algunas diferencias con la entrevista en su versión audiovisual.

Yo nací en La Pampa, pero no conozco La Pampa. Estuve una sola vez que pasé, fui a ver la casa donde nací. Porque me fui muy chico, me fui a Viedma en Río Negro, que es lo que yo considero mi pago, ahí es donde llegué al mundo, hasta los 10 años. Después nos fuimos al Chaco, mi viejo era inspector de escuelas, entonces, lo trasladaban. Nos fuimos al Chaco y del Chaco acá a Buenos Aires, a esta casa, cuando tenía 10, 11 años, más o menos. Mi bisabuelo era brasilero y mi abuelo era brasilero también, es una familia que se asentó en Brasil. Pero ¿dónde están los franceses, los que nos dieron el apellido? No sabemos, y eso que mandamos uno a Francia a buscar, a que averigüe. Pero hay una cosa curiosa: yo no puedo sentir la identidad porteña, yo no soy porteño, esa cosa que tiene que ver con las rivalidades del interior y Capital, todo eso. Hice la escuela primaria, secundaria, y anduve por la Facultad de Derecho, porque cuando pasé a la etapa universitaria, en ese momento, no había muchas opciones como carreras.

Era el año 1952 cuando pasé a la Facultad de Derecho, teníamos Derecho, Ingeniería, Medicina, como opciones, y Filosofía que era una rareza, nadie sabía para qué había que estudiar Filosofía. Así que entré a Derecho que era lo menos... aparentemente lo más próximo a lo de uno, porque no me gustaba la sangre, no me gustaba la matemática, así que estaba cerrado todo lo demás. Pero es un pasaje muy breve, es decir, estuve en la facultad, pero no daba materias, estaba vagabundeando por el centro de Buenos Aires. Y, entre otras cosas, ahí fue cuando tropecé con un amigo que me dijo que qué hacía yo en una facultad que no iba nunca, la de Derecho, y me propuso entrar a Filosofía. A mí me interesaba, la antropología siempre me interesó, pero como afición, te diría. Tengo gente en mi familia que estaba relacionada con las religiones afrobrasileras, por ejemplo; los primeros libros de antropología que leí fue sobre eso. Inclusive yo daba charlas sobre antropología, leía, pero no sabía que había carrera; y, en realidad, no había carrera todavía en la facultad, cuando yo entré, en el 56, no había todavía carrera de antropología, había una cosa llamada Licenciatura en Folclore que tenía Antropología. Después estaba la carrera de Historia que era donde tenían Antropología pero yo no quería hacer toda la de Historia. Y entré en la licenciatura esa y, para mi sorpresa, al año siguiente abrieron la de Antropología. Entré. Fue una cosa muy notable, porque para mí ser antropólogo era como ser astronauta, una cosa así, no sabía que se podía en este país ser antropólogo. Y bueno, entré a la carrera, a ese grupo, fui de los primeros, fui el noveno en recibirme. Pasamos a la antropología del viviente, como decía Bórmida. La primera vez fue una expedición que hicimos a Neuquén, a Aucapán, con mapuches, fue la única experiencia con indios que tuve en mi vida. En Olavarría, hace un par de años, vino un grupo de mapuches artesanos e hicieron una muestra artesanal y, entre ellos, había gente de Aucapán que es el lugar donde yo había hecho la experiencia hace 40 años, y se me ocurrió llevarles una revista que era *Runa*, la revista del Museo Etnográfico, donde había un artículo sobre la comunidad de ellos. Les mandé a un chico a que les llevara la revista y me dijo "No sabés el revuelo que se armó", porque, una, no entendían por qué diablos había alguien preocupado 40 años atrás por su comunidad, es que es muy raro si vos no sabés por dónde anda la academia. Pero después empezaban a reconocer gente en las fotos: "Este era mi

abuelo, este era Fulano, este era Mengano”. Estaban emocionadísimos leyendo el artículo. Fue un trabajo en el que yo prácticamente no participé porque era muy estudiante en ese momento. Había dos colegas que eran las antropólogas, pero de todas maneras me acordaba mucho de Aucapán.

Después empecé a trabajar en la facultad como ayudante, una experiencia muy linda que hicimos con Santiago Bilbao, además entramos por concurso, que fue una reivindicación estudiantil, yo fui delegado estudiantil a Junta en aquellas épocas, y conseguimos que los cargos interinos fueran elegidos por concurso. Y ahí estuve con Santiago Bilbao en la cátedra de Susana Chertudi. Era Susana la especialista en narración, en narrativa, una folclorista neta, y nosotros veníamos con otras aspiraciones y metimos cosas de antropología social, en el programa de prácticos, y ella lo aceptó muy bien. A mí, aparte, me sucedió otra cosa cuando me recibí. Yo había estado trabajando antes de recibirme en el departamento de Extensión Universitaria que dependía de Rectorado. Una cosa muy interesante porque era un grupo de gente que podía pedir colaboración a todas las facultades; como dependían de Rectorado, pedían colaboración a Ingeniería, colaboración a Medicina, y nos fueron a buscar a nosotros a Filo, al Museo Etnográfico. En ese momento, estaban haciendo un plan de reactivación de bibliotecas populares, era la época de auge del folclore. Entonces, querían que nosotros les diéramos una mano, haciendo la explicación de los hechos folclóricos, qué es lo que pasaba, cuáles eran las áreas de donde salía esa música. Aparte hacíamos música nosotros también. Trabajé en la biblioteca popular en Barracas con ese tema, hacíamos reuniones con la gente, se cantaba y se explicaba. Y después desde esa época me pidieron que trabajara con ellos en otro lugar, que era el centro de Isla Maciel, el centro de salud, a donde entré después cuando me recibí, porque yo no quería entrar antes de recibirme. Entramos ahí a Isla Maciel y ahí empecé mi trabajo en villa, directamente. Bastante problemático también porque, cuando llegué, el primer paseo por la villa fui con una compañera asistente social... excelente, tengo un gran respeto por la profesión del asistente social porque trabajé con las mejores y los mejores, porque hay varones también. Empezamos a caminar por la villa y les dije “¿Qué quieren que haga yo acá con ustedes?”, “Lo que vos quieras”, “Bueno, pero, escuchame, ¿tienen alguna línea? ¿Trabajan...?”, “No, vos verás”. Y fue terrible porque uno venía con la formación histórico-cultural de la facultad, lo único que hacía yo era diarios de campo, todavía los tengo los diarios de campo. Me propuse investigar la migración. Entonces, yo pensaba “No, yo no puedo ir a trabajar a la ciudad de Corrientes, tengo que conseguir una comunidad”, digamos, de las medidas antropológicas de la comunidad, y Empedrado teóricamente tenía 4000 habitantes. Y bueno, hicimos trabajo de campo ahí. Era muy interesante porque hacíamos trabajo de campo en Isla Maciel y allá. Yo empecé a buscar a los empedradeños en Isla Maciel y a charlar con ellos antes de ir al campo. Por ejemplo, teníamos un mapa, esos mapas detallados del Instituto Geográfico Militar, a muy pequeña escala, donde vos tenés las casitas puestas ahí, y la gente reconocía su casa: “Esta es la casa de Fulano, esta es la casa de Mengano”; primero reconocieron que el mapa era viejo, que no tenía el camino más nuevo. Y bueno, con eso, con unos cuantos datos, nos fuimos a Empedrado. Ahí estuvimos con Nelly Piña, estaba interesada en el tema de las

parteras empíricas, Nelly era partera. Y, con un compañero paraguayo, Hugo Oddone, que venía como intérprete de guaraní. Trató de enseñarnos guaraní, no hubo mucha posibilidad, muy poco tiempo. Pero a mí me contrató el departamento de Extensión Universitaria, o sea, la UBA. Cuando yo llegué, me dijeron que hiciera lo que yo considerara oportuno. Y ellos pensaban mucho en gestión, porque había gente que trabajaba en relación con las comisiones vecinales de la isla, de la villa, y yo no me sentía muy seguro para hacer gestión todavía. Entonces, quise juntar la investigación, empecé a trabajar sobre el área de salud, medicina... y me interesaba migración, pero yo estaba bastante culturalista en ese momento, entonces, ¿cuál es la medicina que esta gente trae? ¿Cuál es la medicina popular de Corrientes? Ya que la mayoría eran correntinos, qué traen aquí, pensando que eso podía ayudar al trabajo de los médicos, que eran médicos muy abiertos, enormemente. Había aparte gente que hacía trabajo en terreno, la cátedra de Florencio Escardó, que era un médico pediatra muy famoso en este país, venía de la Facultad de Medicina a hacer actividades en la isla. A nosotros nos tocaba explicarles, primero, qué son las villas, por qué se constituyen las villas, qué es lo que pasa, era una mesa redonda enorme, y después ellos hacían visitas a las familias. Y, en esas visitas, no tenían que curar, pero sí dejar contenidos educativos sobre cómo lavarse las manos y todas esas cuestiones higiénicas. Y después hacíamos una mesa final, cuando ellos ya se iban, donde planteaban su..., digamos, tiraban todo lo que habían sentido en la experiencia en la villa. Eso era muy interesante porque había gente absolutamente de izquierda, suponte, que se asombraba porque "Está bien, es cierto, son los pobres, son los que van a modificar la realidad, pero con esta gente ¿qué se puede hacer?", así. Y, al revés, gente más de derecha que decía "Che, visité una familia fantástica, los tipos inteligentes, entendieron todo, son bárbaros", así que se les daba, todo el prejuicio se volcaba. Sobre eso trabajábamos nosotros, después les poníamos nota. Era una novedad porque que un antropólogo le ponga nota a un médico... un antropólogo y un asistente social. Pero yo empecé a ver la cosa por el lado de la investigación y por el lado de migraciones que me interesaba, ahí viene un poco la influencia de Oscar Lewis que en ese momento estaba muy de moda, todos los trabajos de Lewis eran *best sellers*, desde *Antropología de la Pobreza*. El tipo arranca con esa historia de que trabaja en lugares de origen y acompaña a los migrantes a la ciudad: esa era mi aspiración, no se pudo hacer porque llegó el golpe de Onganía antes de tiempo, pude hacer nada más que un viaje a Empedrado. Yo alcancé a hacer nada más que la etapa de investigación; estábamos empezando a plantear la aplicación, o sea, la gestión, como se dice ahora. Pero vino el golpe, vino el golpe de Onganía, 66, y que por supuesto desactivó todo lo que fue Extensión Universitaria y todo lo demás, que nunca volvió a ser así como había sido ahí. Hace poco, estuvimos hablando en la facultad de ese tema, que lo que se hace ahora es desde cada facultad y, en muchos casos, como una especie de extensión cultural, de conciertos, ese tipo de cosas. Ahí quedé afuera, se cortó, por primera vez se cortó la relación con la antropología formal, y yo seguí con mis trabajos extrafacultad. Yo trabajé en el Ministerio de Educación, en la parte de primaria, que se llamaba Consejo Nacional de Educación durante 18 años. Y volví en alguna medida a meterme con materiales antropológicos cuando allá, por los

70, con todo el auge de la militancia barrial y todo lo demás, bajamos al barrio, charlamos con la gente y ahí escribí... eso era pedido del Centro Editor de América Latina. El Centro Editor de América Latina era el heredero de Eudeba, eran los creadores de Eudeba que fueron también expulsados por la dictadura de Onganía. Armaron una editorial sensacional, y ahí escribí *Villeros y villas miseria* a pedido de ellos, y después *El cabecita negra* y otros menos conocidos, *La medicina popular*... Era como una especie de changa que yo tenía. Por escribir un libro te daban más o menos un sueldo y de otras cosas menores que hacía, colaboraciones en revistas del Centro Editor. Pero eran changas, changas que me permitían mantener cierto contacto con la antropología, y que después utilizamos esos libros en trabajo barrial, que eso fue para mí interesante, escuchar de repente a villeros hablando de cosas que yo había inventado, en alguna medida. Me pareció fantástico la repercusión de los textos. Con Carlos Herrán decíamos que nosotros estábamos dentro de la universidad tres años y fuera siete, que teníamos que hacer al revés y estar en los períodos de siete e irnos en los de tres, pero nunca pudimos. Así que, bueno, nos volvimos a la universidad en el '73, yo con la propuesta de Eduardo Menéndez en Mar del Plata. Ahí di un par de materias, fue muy interesante el regreso. Y después, con el ascenso de Cámpora, del gobierno popular, entré a la UBA de nuevo, dejé Mar del Plata y estuve en la Facultad de Arquitectura, entre otros, con Jaime Sorín, que ahora fue decano de la facultad, y todo un equipo que además trataban de hacer arquitectura en relación a villas, que se decía que los arquitectos no sabían cómo era un ladrillo, que sabían dibujar, diseñar, pero que no trabajan con las manos. Ahí se empezó a hacer trabajo en villas y demás, yo quería trabajar barrios de vivienda popular. Ahí hice algo hasta que los compañeros de la Facultad de Filosofía me pidieron que fuera a Filo. Yo no quería ir a Filo, porque estaba muy cómodo realmente en Arquitectura, el único antropólogo, nadie me discutía nada... Entré a Filosofía, donde la cosa era mucho más movida en esa época, pero creo que hicimos un buen trabajo, armamos un plan de estudios. Yo fui porque tengo fama de ser conciliador, incluso dije "Pero, escuchame, esta es una etapa revolucionaria, puede ser Fulano que es mucho más decidido que yo", dijeron "No, no, por eso mismo queremos que vengas vos". Y fui a calmar las aguas y en alguna medida lo conseguí, porque armamos la discusión del plan de estudios en la que participó todo el mundo, hubo un solo colega que se fue. Bórmida y todo su equipo estaban de vacaciones, estaban haciendo un trabajo de campo en Bolivia, pero vino gente también del grupo de ellos y armamos eso. Duró poco, ni un año estuvimos. Llegó el otro golpe y nos fuimos a la calle. Y ahí la cosa estaba bastante más problemática porque yo trabajé siempre en el Estado, era funcionario del Ministerio de Educación, pero una vez que uno es cuestionado por razones ideológicas, más en esa época, es medio peligroso trabajar en el Estado, yo dejé el Estado. Me fui a trabajar con unos amigos en una casa de comercio y empecé a plantearme la necesidad de irme del país, y para irme del país tenía que irme como antropólogo porque yo en este país me gané la vida mucho tiempo haciendo copias a máquina, como buen dactilógrafo, en esas cositas, pero eso no lo puedo usar en el exterior, tal vez tendría que usar la chapa de antropólogo. Ahí fue cuando partí a Brasil. De la facultad nunca me echaron en esa época, simplemente no me pagaron más el sueldo y no me

dejaron entrar más a la oficina. Después la demolieron. El primer golpe de pico lo dio el ministro de Educación, Oscar Ivanisevich.

En 1961 en Rosario hicimos un Congreso Nacional de Estudiantes de Antropología, del cual surgió la efímera Organización Nacional de Estudiantes de Antropología que fue un sello simplemente, pero hubo vínculos con gente, entre otros, Beatriz Heredia y su marido, el Negro Heredia. En tren de buscar trabajo afuera, los fui a ver a Río de Janeiro. Primero, hablé con Rex González aquí, al que habían echado de la Universidad de La Plata, y él me empezó a señalar a todos sus alumnos en el exterior, y el caso de Beatriz. Fui a casa de Beatriz, fui al Museo Nacional, sacamos un montón de direcciones y empecé a escribir y a mandar currículums, en esa época se mandaban currículums. Y curiosamente, de una universidad que yo desconocía en el nordeste del país, recibo una carta que dice "Ha sido contratado, va a ganar tanto, le damos pasaje para usted y su familia, alojamiento la primera semana, después veremos". Yo no sabía qué diablos pasaba y, bueno, me fui.

Después me enteré cómo había sido la cosa. Era un grupo de gente que estaba en el nordeste tratando de crear una maestría en Sociología y Economía Rural y, entonces, intentaron hacer eso con gente de la zona, nativos, digamos, de ese Estado, y la cosa no andaba. Entonces, empezaron a traer gente de afuera, gente de Río y San Pablo, para instalar la maestría. Y esa gente tuvo plenos poderes, había un rector muy amplio, y cuando les mandaban un currículum, lo miraban, decían "Está bueno, contratémoslo", una cosa así, asombrosa. Me fui a Brasil, con toda mi familia, estuve ocho años allá, estuve la mitad del tiempo en Paraíba, que es el estado donde trabajaba, y la otra mitad en Río de Janeiro, haciendo el doctorado, el curso de doctorado en el Museo Nacional. En Brasil también investigué, ya decididamente en el área de campesinos, gente rural, no más villeros, o favelados como sería en Brasil, y también siempre sobre la línea de migraciones, ese tipo de cosas. Hasta que en el 84 tomé, nuevamente, contacto con la Argentina. Yo había vuelto al país en el 81 porque mi papá estaba muy enfermo, pero en el 84 tuvimos una reunión de antropología urbana, creo que era en Flacso, y reestablecí los contactos y demás, y en el 85 finalmente volví, con una posibilidad que me interesaba: una, la docencia en la UBA y otra, la posibilidad de insertarme en Olavarría, en el Instituto de Investigaciones Antropológicas. Y, bueno, con esas dos cosas me implanté aquí, empecé a trabajar con campesinado que era lo que hacía hasta ese momento.

Llegué acá, concursé para el seminario de Antropología Rural, que en realidad se concursó para un montón de cosas porque el seminario era de todo, era de rural, de urbana, de médica, eran todos los seminarios posibles. Concuramos con Eduardo Menéndez, ganamos Eduardo y yo, y Eduardo después no se hizo cargo. Ahí me metí en esa línea de rural. Fuimos entrando en pueblos de Provincia de Buenos Aires, entre otras cosas porque yo estaba en Olavarría, y ahí sí trabajé con gente de aquí, con estudiantes, con algunos colegas y, después, con estudiantes que se recibieron, y el tema fue girando hasta concentrarse en los pueblos rurales que es lo que estamos viendo en este momento. Yo ni siquiera sabía que existían los pueblos rurales ni qué importancia tenían, hasta que fui al campo y es todo un tema. Y ahí empezamos a trabajar con una metodología que incluía participación de estudiantes de aquí y de Olavarría.

En el 95 empecé con las investigaciones de campo, que arrancó con una acá en La Rural, que ahora ya están de moda, por lo cual escribí un artículo sobre eso porque me fascinó la cuestión de los rurales, además como vía de penetrar en la problemática del campo, porque eso que se concentra acá, que se condensa acá, después aparece diluido en cualquier localidad del interior. Y ahí trabajé con estudiantes, la última vez que los habíamos contado eran 25 que habían pasado, pero creo que ahora son bastante más; gente que salió conmigo al campo y demás, y algunos siguieron la temática, otros no, otros en cualquier otra cosa. Y ahí mezclé gente de la UBA y gente de la Universidad del Centro. Para todo esto, en el 88 se creó la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, ahí también estuve yo.

En Olavarría teníamos una biblioteca muy buena, que la conseguimos por canje con la revista *Etnia*, una revista científica, y teníamos todo un programa de investigación que es mucho más de lo que hay en otros lugares. Así que se perdió eso. Y, en el 87, yo gané el concurso para constituir la carrera de Antropología. Fuimos tres: Roberto Ringuelet, Gustavo Politis y yo. Yo gané como primero, pero después dejaron que el segundo y el tercero entraran, y entre los tres, más o menos, empezamos a organizar la carrera. Digamos, la nueva facultad, Ciencias Sociales, que tenía una carrera de Comunicación y otra, de Antropología, que incluía Arqueología y Antropología Social. Y eso fue toda una experiencia porque medio como que todos volcamos lo que habíamos pensado para nuestras carreras cuando las cursamos, o tratamos de suplir las carencias que habíamos tenido nosotros.

En Olavarría sigo hasta ahora como docente, y aproveché esa doble adscripción de docente de Olavarría y de la UBA para facilitar la tarea de investigación. Y, bueno, de la investigación salieron una cantidad de ponencias, tesis de licenciatura, libros que sacamos hace poco por el lado bonarense. Eso seguimos hasta que, bueno, me llega la jubilación, pero tuve dos nombramientos honoríficos que fueron Profesor Consulto en la UBA y Profesor Emérito en la Universidad del Centro. ¿Qué valor tienen esos nombramientos? Simplemente, permitir trabajar, permite que la universidad lo contrate a uno y poder seguir trabajando. Después de jubilado podés seguir porque tenés la chapa de consulto. Y en eso estamos.

Yo me acuerdo la primera vez que fui al Museo Etnográfico, no estaba inscripto en la carrera ni nada, y había una conferencia de Bórmida y de Krapovickas, otro profesor, ambos jóvenes en ese momento, muy jóvenes, que era sobre arqueología. Fue mi primer asombro, porque para mí antropología era la cuestión afro-brasileña y los indios, no sabía que la arqueología era parte de eso. Pero eso era arqueología, un enfoque que me hizo ver otro tipo de antropología, porque me acuerdo que con Bórmida los primeros tiempos fue así una vida social muy intensa, nos juntábamos, comíamos, farreábamos...

En la medida en que uno entraba en la carrera, empezabas a ver las diferencias directamente: toda esa resistencia a la antropología social, que además estaba mal conceptualizada porque antropología social para Bórmida era antropología aplicada, y no necesariamente. Y, además, abriéndose gente que se quedaba con la posición de Bórmida, y los que queríamos hacer un cambio, que se habrá dado hacia los 60 y pico, cuando aparecen los primeros graduados, aparece Eduardo Menéndez que se presenta a concurso, nos presentamos todos a concurso, Esther Hermitte que no pudo asumir nunca. La idea nuestra era implantar la Antropología Social y eso a Bórmida no le interesaba, aparte porque, después Bórmida pasa a la posición fenomenológica, porque antes era más historicista, la historia de la antropología enganchada con la historia general. Pero, de todas maneras, yo creo que sí hubo una influencia, yo trabajé directamente con Bórmida como auxiliar de investigación y, bueno, aprendí a leer textos, a ficharlos, a relacionar. Eso lo aprendí con él directamente, una cosa de la cocina de la investigación nos salió con él. No nos volvimos a ver. Recién nos volvimos a ver en el 73, cuando me vino a preguntar si era cierto que lo iban a echar, porque había carteles que decían que lo iban a echar, y me dijo "Usted avíseme, Ratier, por favor, porque entonces... a mí no me perjudica, yo estoy en el Conicet, así que si me deja de pagar la facultad, me paga el Conicet. Pero para apurar los trámites, si usted sabe algo, me puede decir", yo era el director del departamento, entonces, le dije Bueno, bueno, qué le vamos a hacer. Ahí vino un poco la ruptura, el proyecto de Plan de Estudios del 74 que no caminó y después se cerró la facultad a nosotros directamente. Bartolomé fue alumno mío, cosa que les hace gracia a muchos, cuando yo era ayudante de trabajos prácticos. Estaba Bartolomé, estaba Orquera, estaba Floreal Palanca, una cantidad de nombres ilustres de la antropología, que eran alumnos en ese momento. Leopoldo me dice que no le creen que él haya sido alumno mío. Sí, nos encontramos en la Universidad de Mar del Plata, con él, con gente de Historia también, con Enrique Gorostiaga que estaba recibido ya, Carlos Herrán, que daba Arqueología, ¡qué coraje! Bueno, Floreal Palanca, que fue un compañero que falleció hace un par de años. La organización de la carrera era interesante porque nos juntábamos todas las semanas a discutir, a discutir el dictado de clases, en eso Eduardo era muy organizado, yo creo que no se va a repetir nunca más eso de juntarnos todos los profesores semanalmente... No habían cambiado los nombres de las materias, Etnología General, Etnografía Americana, Folclore General, Folclore Argentino, pero los contenidos eran totalmente distintos. Cuando dimos Folclore, yo daba un poco el antifolclore, porque todo curso de folclore empieza con la frase "El folclore nace como palabra en 1846 cuando Thompson publica en *The Athenaeum*, creo que el 24 de agosto, la palabra 'folklore', blablablá". Mi programa terminaba ahí prácticamente y miraba hacia atrás todo el movimiento romántico, toda la cosa de la formación de las nacionalidades en Europa y todo lo demás, hasta que se constituye el folclore en ciencia, con lo cual los chicos salían muy antifolclóricos en ese momento del curso, porque pensábamos que folclor era otra cosa. Y todo era así, eran materias con nombre común y silvestre, pero que tenían un contenido distinto. Sí, ese puede haber sido el proyecto nuestro, que no se llegó a plasmar del todo. Y eso debió haber durado tres años, yo entré al último año. Pero, aparte, era una universidad provincial, entonces, no tenía

el control así que tenían las otras en cuanto a educación. Una semblanza muy interesante de la facultad y de los profesores que había en esa facultad, porque nosotros concursamos para los cargos para los cuales entramos; y hubo todo otro grupo que se abrió, cuando entró Menéndez, se abrió. Y en la UBA, estoy pensando ahora, en ese momento también había cambios, pero ahí cambiamos algo más que los nombres. Yo traté de dar un seminario de vivienda popular, porque venía de arquitectura, entonces, venía con todo el tema vivienda; y mi idea era hacer un trabajo, un relevamiento de los barrios de vivienda social de la Ciudad de Buenos Aires, todos, desde los muy viejos, por ejemplo, en la zona del barrio de Agronomía. Hay grupos de casitas que son de los años 30, algo por el estilo, que se hicieron muy pocas, pero esas más las viviendas de la época de Perón, monoblocks por un lado, pero sobre todo viviendas bajas y demás. Yo quería ver un poco cómo la gente se apropiaba de esas viviendas, y no hubo tiempo; di un curso de verano que fue en enero y ya, más o menos en abril, empezaron a sacudirnos. Pero la idea era esa. Y más la salida de la carrera hacia aplicaciones concretas como... habría que ver el plan ahí, pero salidas hacia las áreas de vivienda, de familia, de salud; la idea era formar antropólogos que pudieran trabajar en esas áreas. No se pudo ni entonces ni todavía, ¿no?

Yo había propuesto en algún momento aquí en Filo, en la UBA, una maestría en Antropología y Gestión, lo que no tuvo quórum, no cayó bien. Había gente que da una prevalencia absoluta a lo académico directamente. Yo lo había pensado, fantaseaba eso, un poco cuando entré en el Colegio: el 50% de los antropólogos matriculados está trabajando afuera y está trabajando en gestión, y a mí me parecía interesante recoger la experiencia de toda esa gente y, en alguna medida, codificarla y transmitirla en una instancia que, para mí, podía ser un posgrado. Pero hubo problemas porque “no, porque lo que hay que preservar es la calidad académica...”, bueno, está bien, y quedó ahí. Para mí es fundamental porque la gente que está afuera está muy resentida con la academia, en general, dicen “No, ¿para qué? ¿Para qué me sirve?”. Inclusive en las actividades del Colegio me acuerdo de un compañero que decía “Yo cuando tenía problemas –él trabajaba afuera y en gestión–, problemas de ejercicio profesional, venía a la facultad, entonces me di cuenta de que tenía que ir al Colegio”, digamos, la instancia profesional para un antropólogo con problemas de identidad, digamos, profesional, era el Colegio y no la facultad. Es medio fundamental y la gente de gestión suele escribir poco en general.

Mirábamos mucho la antropología mexicana, por ejemplo. En México, los antropólogos trabajaban en comunidades indígenas ni bien se recibían, los mandaban como a la colimba. Y eso para nosotros era fantástico, ir y tratar problemas; además creíamos mucho que la antropología era la única capaz de resolver esos problemas, cosa que ahora ya no creemos, creo. Así que la cosa era unir a esos académicos y esos gestores que estaban afuera y que podían tener un lugar en la academia. Uno que ya murió, Santiago Bilbao, para mí fue el tipo que más trabajó en el tema de gestión en este país, a él no le gustaba decir “gestión”, antropología a secas. Cuando él salió al campo, fue a Santiago del Estero, estábamos discutiendo si Antropología Social, si no Antropología Social, si Folclore, si esto o si aquello; cuando él volvió, dijo “Yo hago antropología”, chau, sin aditamentos. Y él trabajó mucho, él trabajó en Tucumán, en Campo

de Herrera, una cooperativa, que él manejó muy bien, de obreros cañeros desplazados por Onganía hacia la actividad de citrus, cítricola. Fue en la época de Onganía. Santiago me vino a ver a mí, me dijo "Mirá, hay una posibilidad de trabajar con esta gente, que los sacan de la caña de azúcar y los llevan a una cuestión nueva, yo creo que podemos dar una mano". Le dije "Vos estás loco. ¿Cómo vas a trabajar con los militares?". Me dijo "Mirá, si no lo hacemos nosotros, lo hacen otros y lo hacen mal", pero yo no se lo acepté y él lo hizo bien, y lo hizo bien, y eso le costó prisión, exilio, todo lo demás. Para mí, es el costo de la coherencia: llegás, pero sufrís consecuencias. Él para mí fue un tipo que la tenía muy, muy clara, me contaba que se exilió en Venezuela y que trabajaba muy bien en cosas tales como hacer la administración de una hacienda, de una estancia. Hay una serie de anécdotas de las cosas que tuvo que hacer, o trabajar con un grupo indígena que practicaba el comercio por el río Orinoco e ir a estudiar toda la cuestión y estudiar el sistema de parentesco que decía que era complicadísimo. Pero no se amilanaba. Decía "Yo voy, miro y veo, y ya sé lo que tengo que hacer". Un poco como un oficio, como si fueras un constructor o una cosa así. Santiago tenía... Y tuvo una mala experiencia en la facultad en el '73, yo lo traje para que diera una charla y qué sé yo, y lo acusaron de todo, de haberse vendido al oro militar y qué sé yo, se fue a la mierda, muy enojado. Dijo que no quería saber más nada con la facultad ni con la academia ni nada.

“...¿Y qué es la ruralidad para usted?
Le dicen al gaucho...”

Yo creo que siempre hicimos antropología de nuestro propio pueblo, digamos, no tenemos una antropología de lo exótico, de irnos a una colonia y estudiar los negritos desnudos, no; nosotros tenemos los negritos desnudos acá y, hasta con los indios que son los objetos clásicos de la antropología, encaramos la cosa desde el punto de vista de resolver problemas. Partimos de una antropología que no es la antropología clásica colonial europea y todo lo demás, y, bueno, de la esperanza de poder hacer algo que no sé por dónde se puede. Yo ahora, fijate vos, recién en este momento estamos en un trabajo con pueblos rurales, estamos encontrando una veta interesante, porque hay una agrupación que se llama "Pueblos que laten" que son los tipos que no están por la hipótesis de la extinción de los pueblos, que creen que se puede hacer algo para que perduren estos poblados, y que además lo tienen que hacer ellos que son habitantes de esos lugares y que trabajan en base a lo que llaman "el derecho al arraigo", que es la posibilidad de vivir ahí porque tenés ganas y porque te gusta y porque puedes hacer algo. Esa gente nos vino a ver y establecimos una especie de convenio. Trabajamos juntos, estamos haciendo relevamiento de localidades donde están ellos, qué interesa... Es muy interesante metodológicamente, porque ya no es la cosa de llegar y decir "Buenas tardes, soy antropólogo, me interesa saber cómo es su cultura, le voy a preguntar algunas cosas, no vamos a ofender a nadie", etcétera, etcétera. Llegar ahí y decir "Buenas, vengo de parte de Fulano, estamos haciendo este trabajo". Para mí es fantástico, con

inconvenientes a veces porque, bueno, se meten en lo de uno, pero... Yo creo que la antropología puede llegar a ser eso, una especie de puente entre un saber académico y ese tipo de necesidades que la gente tiene.

Ahora, está la cuestión de esa disparidad de intereses entre el antropólogo académico y la gente, pero creo que la indagación teórica y todo lo demás es importante para lo otro también. Lo interesante para mí sería cómo transmitir, cómo enganchar las dos cosas, que no es simple, yo lo veo incluso en el campo ahora, los chicos que le hablan a la gente con un lenguaje muy de academia, directamente “¿Y qué es la ruralidad para usted?”, le dicen al gaucho. Hay cosas que a mí no me interesa hacer en antropología, que ese podía ser el límite, pero pienso que todo el mundo tiene derecho a hacer lo que quiera, a trabajar de otra manera. Sí, teniendo en cuenta siempre esa figura del informante o del objeto de estudio, como quiera llamarla, siempre queda mal. Una chica estudiante que yo llevé al campo, una mujer grande ya, que desembarcó y se puso a sacar fotos a todo el mundo sin pedir permiso de nada, tac, tic, tac, tic... Eso digo, no, tenés un límite. Principios éticos, metodológicos, como, por ejemplo, no grabar si no te dan autorización y todo lo demás. Ahora se está trabajando mucho con estos pendorchos chiquititos que los chicos tienen la tentación enorme de ponerlos y grabar directamente. Medio practicar el respeto a la gente, ganando en alguna medida la confianza de la gente y no defraudar esa confianza. Creo que se están trabajando en códigos de ética. Los principios en que se basan para eso los brasileros son tres artículos nada más, más o menos, sobre ética antropológica. Algo como no jorobar al colega, no jorobar al informante, mantenerse tranquilo.

Hubo temas éticos, nosotros tuvimos en el Colegio algunos. Un antropólogo había organizado visitas de turistas norteamericanos a un grupo indígena del Paraguay. Estaba en un grupo que se llamaba “Los vigilantes del ambiente”, no sé cómo era, que pagaba 1500 dólares cada uno para ir allá. Eso lo discutimos bastante. Y, después, toda la onda abierta en Estados Unidos en torno al espionaje a partir de la antropología, etcétera, etcétera, que no sé si tenemos algo de eso nosotros.

Hay un tema que pienso que puede empezar a pintar ahora que es el tema del turismo rural, porque turismo rural puede ser cualquier tipo de turismo. A mí me preocupa eso, porque hay como una especie de enganche en la gente que quiere meterse en ese tipo de cosas y toda una distorsión absoluta, desde lo que podría ser la cultura popular de la zona y todo lo demás, hasta cierto tipo de prostitución frente a la aparición del turista que le resuelva algo. Yo creo que el antropólogo tendría que procurar que si se muestra algo, se lo muestre desde cierta autenticidad, y si no es auténtico, que se diga que no es auténtico, pero eso tenés que charlarlo con la gente, evidentemente. Yo he visto casos, en una localidad acá de la provincia, que hicieron una experiencia de turismo rural, trajeron chicos estudiantes y demás, y el problema de conseguir sulki, por ejemplo, que ya no hay, conseguir caballos que puedan tirar ese sulki, o gente que te decía “Ese fulano siempre anduvo con jean” y no sé qué otra cosa y “ahora está de bombacha y botas”, se visten así para representar la ruralidad. No sé qué pasará, me preocupa un poco la cuestión indígena con la proliferación ahora de grupos que se asumen étnicamente como indígenas, y hay mucho macaneo en eso, hay gente que te vende la “cosmovisión”, todo un lenguaje así. En un medio vi

en..., creo que en Olascoaga, un supuesto machi mapuche que salió en televisión y todo, que tiene un convenio con el médico huinca, digamos, y curan entre los dos. Yo lo escuché hablar al machi y de mapuche no tiene nada, te habla del mal de ojo, de cosas así, de las culebrillas, que son de la medicina popular, porque de mapuche, ni un pito, no citó una deidad mapuche ni ningún procedimiento chamánico indígena. Entonces, ahí entra toda una serie de cosas que no sé si la antropología pueda... por lo menos para discutirlo. Se están prefabricando culturas. Pasa con el tema campesino, que yo trabajé bastante eso, por qué aparece la categoría de campesino, de repente, entre la gente de campo acá. Es todo un movimiento que además viene de arriba, porque son tipos urbanos que se van a Santiago del Estero, por ejemplo, y bajan línea directamente. La posibilidad de poseer la tierra es, digamos, hoy, haber estado 20 años en un terreno sin que nadie te dijera que no podés. Es la posesión veintenal con la cual podés reclamar la tierra. Es muy difícil porque los jueces buscan miles de problemas, pero ellos hablan también de su derecho a instituir la auténtica cultura campesina, ¿qué es la auténtica cultura campesina? Qué sé yo. Podemos fabricarla y no está mal, pero es problemático; desde el punto de vista de un antropólogo purista, es terrible.

Yo estoy abierto a los procesos que están en marcha ahora. Caray, que en Santiago del Estero surge el Mocase, el Mocafor en Formosa y todo lo demás, que hacen manifestaciones y reclaman la tierra y están contra la fumigación, pero hay que seguirlo a eso, aunque no sea puro. A mí lo que me haría falta es un trabajo antropológico sobre cómo son esas comunidades en serio, sin proyectarlas políticamente; yo no sé cómo viven esos tipos en Santiago del Estero y no he encontrado trabajos sobre eso. Encuentro trabajos a favor, "Esa gente que lucha y que pelea y que consigue". Pero ¿cómo viven, hermano? ¿Qué es lo que hacen cuando están ahí? Se levantan, van a cuidar el ganado, vuelven... Eso falta, eso falta para mí como trabajo, y esa es una de las cosas que la antropología puede aportar.

Es más la relación entre técnicos y campesinos, llamémosle, es muy interesante eso. Lo que veo en la facultad nuestra, en Filo: vino una vez un grupo del Mocase, me acuerdo que el muchacho que habló dijo "Me siento muy feliz de estar en una facultad de humanidades, porque yo soy egresado de una Facultad de Humanidades" y se asumía como un campesino de Santiago del Estero. Claro, un tipo que se mandó a vivir en el campo para cumplir toda una cuestión, si querés, vocacional o de militancia, pero no era el campesino que yo estaba acostumbrado a ver, que nació escarbando la tierra, eso es distinto. Creo que ahí es donde la antropología puede aportar elementos, no mucho más que eso.

Antropólogo purista es el que separa... lo que hacíamos nosotros cuando buscábamos folclore: tenés que buscar la copla tradicional, el trabajo en un telar rústico indígena y todo lo demás, y que el tipo fuera a la zafra y que volviera con tuberculosis no nos importaba, porque eso no tenía nada que ver con el folclore, el folclore era rescatar esas raíces, era la cosa. Lo de Bórmida que contaban, que había una ceremonia indígena que estaba fotografiada y que los tipos estaban con shorts haciendo una danza ritual, y le pidió a un artista, a un dibujante, que les sacara el short, que les dibujara la ropa tradicional. Y, bueno, eso ya es buscar que todo entre en la antropología.

De las personas que influyeron en mi formación, pese a todo, fue Bórmida, pese a todo. Yo siempre dije que nosotros nos formamos en contra de Bórmida, para contradecirlo a Bórmida teníamos que elaborar cosas. Pero, fijate vos, influyeron colegas, en alguna medida, Bilbao, menos Menéndez, menos porque yo no trabajé demasiado tiempo con Menéndez, pero éramos los pares en ese momento, profesores..., y todos un poquito pero no demasiado, Augusto Raúl Cortazar que nos llevó al campo, eso fue fundamental, tenía otro concepto de folclore que el nuestro, pero nos respetaba, nos mandaba al campo y nos respetaba. En Brasil hubo un geógrafo, Manuel Correia de Andrade, que me gustó mucho, trabajé con él. Te puedo citar a mis maestros formales, pero no sé si le debo mucho a Lygia Sigaud, que fue mi directora de tesis, sí frente a ciertas interpretaciones que yo me maravillaba, cuando yo le dije una vez “El informante miente” y me dijo “¿Cómo vas a decir que el informante miente? ¿Quién sos vos para decir que el informante miente? El informante nunca miente. Cuando te dice algo, vos tenés que averiguar por qué te dijo eso y en qué contexto”, eso me dejó...

Cuando menciono el nosotros me refiero a esa primera generación nuestra. María Rosa puede ser, Mirtha Lischetti, en aquella época, después podemos tener discrepancias. Y sí, también Bartolomé... Pero un poco sí, esa generación de gente que trató de armar otra antropología, la antropología social. Después puede estar también Beatriz Heredia, que era de Córdoba, o Roberto Ringuet, de La Plata. Sí, interesante la pregunta para saber a quién echás dentro del nosotros y a quién, afuera. Es una cuestión generacional, pero también una cuestión del concepto de qué antropología queríamos hacer, que era diferente, no solamente la generación.

Nos conocimos como estudiantes y como profesionales al principio, porque tampoco es casual que, cuando entramos al Di Tella, nos lleva Esther Hermitte, pero Esther se va. Quedamos Eduardo Menéndez, Jorge Bracco, que es una figura que desapareció, que anda por ahí pero no siguió antropología. Bilbao no estaba ahí, Bilbao estaba trabajando afuera. Y bueno, Carlos Herrán, Mirtha Lischetti y el mismo equipo que después va a Mar del Plata también.

“...Yo me peronicé y me quedé peronista...”

Mi inserción en la política no tiene mucho que ver con la antropología. En Antropología los compañeros eran más bien zurditos, trotskos y todo lo demás, aunque también en los setenta y pico se peronizan un poco, yo me peronicé y me quedé peronista. Pero yo entré en política por mi compañera de entonces que estudiaba Derecho, hacíamos... hacían reuniones en mi casa y en una agrupación estudiantil, Cenap, Corriente Estudiantil Nacionalista Popular. En ese momento estaba el nacionalismo popular, todavía no el peronismo directamente. Parte de ese grupo se fue para el FEN, Frente Estudiantil Nacional. Pero digamos que empezábamos a ver la cosa de la posibilidad de un nacionalismo realmente popular, no oligárquico y todo lo demás, Jauretche, Scalabrini Ortiz, toda esa

gente; que no sé si tenía que ver con las cátedras nacionales, creo que no. Pero yo entré por ese lado, nada que ver con la Antropología, gente de Derecho, y todo lo demás. Y lo que hacíamos era colaborar en documentos y ese tipo de cosas. Y sí tengo que pensar que tenía un perfil político yo en ese momento. Yo laburé con la gente de Juventud Peronista, nunca una militancia demasiado integral, ni menos así postura de lucha armada, ese tipo de cosas, nunca me dio el piné para eso. Incluso cuando publico el libro *Villeros y villas miseria*, parte de los testimonios son de compañeros de militancia, que yo lo puse, no me acuerdo si los puse como periodistas o algo por el estilo, y un montón de datos así de las villas en torno a Buenos Aires que venían por el lado de la militancia directamente. Y ahí milité en barrio y todo lo demás, pero totalmente fuera de la academia. Y a mí me llaman en esa condición, me llaman en condición de peronista cuando me reclaman en Filo, directamente. Yo no quería ir, estaba muy tranquilo y gustoso en Arquitectura. Era el año 1973, en Arquitectura, en una asamblea que estuve, estaba el padre Balista, que era el creador de los barrios de erradicación de villas, barrios llamados "provisionales", que era terrible, terrible. Un tipo que justificaba que a la vivienda le faltara una pared "por la ansiedad de pampa de nuestra gente", decía. Sí, se cagaban de frío. Querían que la vivienda fuera mala para que nadie quisiera quedarse ahí. Yo quise discutir con ese sujeto, pero los estudiantes no me dejaron, los comunistas, por ejemplo, porque yo era peronista y no podía hablar. Y el cura, el enemigo, se fue muy campante. Y creo que esos barrios están todavía ahí.

Pero sí, mi militancia política viene de otro lado, no viene de la Antropología. Y la gente que estaba, la gente peronista que conocí entonces, no la conocía de antes, eran generaciones más nuevas, estaban en la facultad. Sí, de la generación nuestra el único peroncho soy yo. Digamos, si ves todo lo que pasó desde esa época hasta ahora, no tenemos nada que ver ni con Menem, ni con Duhalde, nada por el estilo, seguimos con una cosa setentista que ahora este gobierno retoma en alguna medida, pero poquito. Ese juntar la ideología de izquierda, juntar a Marx y a Mao con Perón y Scalabrini Ortiz, es una cosa muy exótica, muy rara, y que no podía durar mucho tiempo. Pero fue un momento en que parecía que algo iba a cambiar y te ibas a cantar la marcha con ganas y convicción. Y sí, la canté. ¿Cómo que no? Pero hubo compañeros que se arrimaron, pero..., digamos, tipos que después los vi con Alfonsín, que en esa época entraron con Cámpora y tuvieron una actuación destacada, pero se les fue el peronismo enseguida, se dieron una ducha, se les fue y ya pasaron a ser radicales. Yo no, mi identidad todavía la tengo, algunos me la reconocen, sé que significó problemas en algún momento, que no accedí a cargos porque era peronista en el gobierno radical...Yo soy peronista, pero puedo convivir perfectamente con todos ellos, no hay una cuestión así de que sea ideológica insalvable, no.

No se me cruzó mi práctica antropológica con la política, ojalá se hubiera cruzado, realmente. Puede que se me cruce ahora con el tema este de los "Pueblos que laten", porque mucha de la gente de ahí está militando en política y no está mal, entre otras cosas, porque se pueden conseguir fondos para hacer cosas y demás. No soy purista en ese sentido. Pero no, militancia y compromiso político fue 73, 74. Creo que sentí como una experiencia única,

estar en la Plaza de Mayo el día que sube Cámpora, con mi hija en la panza de la mamá. Y yo veía hace poco en televisión a Estela de Carlotto, que dijo que había estado en la Plaza el día que cayó el peronismo, el día que sube la revolución libertadora... yo también estuve, porque todos éramos antiperonistas antes del golpe ese, la diferencia entre las dos plazas era... que a mí ya en su momento esa plaza, la plaza de los gorilas, me chocaba, porque había señoras que gritaban "Viva la cultura" y estaban las banderas papales, junto a las banderas rojas del PC, y yo dije "Esto no va a andar" y no anduvo. En cambio, el 25 de mayo yo vine a pata desde Quilmes con la gente del barrio y todo lo demás, era un orgasmo, eso era fantástico directamente. Hay que ir a las plazas, porque esos días son insustituibles, nada queda igual.

"Era una profesión muy nueva... estábamos peleando..."

Pienso que las asociaciones profesionales, los colegios son absolutamente necesarios, porque nosotros, con la creación del Colegio, era porque además era una profesión muy nueva, estábamos peleando... Uno de los que nos impulsó fue Julián Cáceres Freyre que era Director del INA. Cuando se enteró de que nosotros exigíamos el título profesional para ingresar, se puso muy mal: "Ah, no, pero entonces yo no tengo nada que hacer acá" y no. Se fue. "No tenés nada que hacer acá, qué querés que te diga". Fue un poco defender ese título nuevo que teníamos. Y creo que es válida la defensa realmente. En este momento, al menos no esté tan extremista ahora, pero es importante, es una cuestión gremial, como te decía hoy, este joven que tenía problemas y que decía "Fui a la facultad y me di cuenta de que la facultad no, que tenía que ir al colegio". Esa es la cuestión.

En la fundación el "nosotros" éramos los egresados de la carrera. Estábamos con Luis Orquera que fue el que hizo el estatuto, arqueólogo y abogado. Además, fijate, en una época también de dictadura. Sí, porque fue el 72, estaba Lanusse y compañía. En una época de dictadura, mucha gente que estábamos fuera de la carrera en ese momento, un poco rescatando la categoría de antropólogo frente a la categoría de docente de Antropología. Se armó en ese momento, con bastante éxito creo, y continuó, pese a ese pequeño saltito que hubo hace poco, y creo que te diría que se hicieron cosas valiosas realmente. Es fundamental y, además, cumple un rol que no cumple ninguna otra institución, de juntar a gente que trabaja en distintos ámbitos y todo lo demás, y que sería muy piola tratar de juntar al académico con el de gestión.

Sería interesante hacer un relevamiento de todo lo que están haciendo los antropólogos, justamente por esa curiosidad de que hay tanta gente que trabaja en gestión. Entonces, de repente, hacer un trabajito de investigación sobre todo eso, sobre cuál es el área de desarrollo de la antropología, sería interesante, y después trabajar con esa gente, un poco ver qué es lo que les hace falta y armar la actividad, armar cursos o ese tipo de cosas. Eso sería piola. Y recoger esa experiencia por escrito, que es difícil, pero debería poder hacerse. Por ese lado lo veo, porque el antropólogo que está en la academia tiene más o

menos la cosa reglamentada, concursos y esas cosas, pero el que está afuera... Creo que pasó, el antropólogo pasó a ser personal de salud, no sé si en la ciudad, o algo por el estilo.

Entre los cargos que ocupé fui secretario, muy mal secretario, pero tenía gente que me ayudaba. Esas cosas que te vienen "¡Ah, vení, entrá de secretario!"; nunca me empujaron para tesorero, porque esto hubiera sido tremendo. Y después fui presidente dos períodos, que ya no me acuerdo cuáles fueron. Y es bravo porque la primera reunión teníamos un montón de gente, la comisión directiva en pleno; en las últimas, era horrible, estaba uno solo nada más. Y bueno, uno no cumplía con las exigencias del quórum y demás, porque, si no, cerrabas el Colegio. Bueno, una, el Colegio como espacio pierde mucho cuando vuelve la normalidad institucional, la democracia a la universidad, porque antes que eso, en la época de la dictadura, el Colegio propiciaba conferencias, armaba encuentros, se movía mucho, todo lo que la universidad nos cerraba lo volcamos en el Colegio.

Con respecto a la matrícula, cosas curiosas... En Olavarría hubo una época en que salieron posibilidades de hacer consultorías, o no sé si todas se llaman consultorías, pero, bueno, incluso para habilitación en relación con medio ambiente, los antropólogos, se supone, que podían dictaminar. Y, claro, cuando los compañeros fueron a juzgados, por ejemplo, les dijeron "No, pero ustedes tienen que estar matriculados" y dijeron "Yo soy socio del Colegio de Graduados" y mandaron el número del Colegio de Graduados y con eso anduvieron.

No tengo ningún consejo para darles a ustedes que impulsan el Colegio. Aparte de que los tiempos han cambiado y son otra cosa y ustedes son otra generación, que eso me pareció muy importante, porque tener siempre los mismos jovatos ahí arriba, no. Queda Marcelo Álvarez, pero por un tiempo... pero sí, renovar un poco la cosa. Además, que yo siempre pensé que los más interesados en regimentar o en impulsar la actividad profesional tenían que ser la gente joven: una, porque se nos van llenando todas las vacantes en la docencia, hay que esperar que se mueran unos cuantos para poder concursar y, bueno, entonces, hay que buscar también actividades fuera de la docencia y eso, para mí, el Colegio es el que está mejor situado para conseguirlo.

"...salir de trabajo de campo me da energía, me mueve..."

Los que me hace feliz de ser antropólogo es el trabajo de campo. Todo el trabajo de campo, desde el primer trabajo de campo para hacer la tesis de licenciatura en la Quebrada de Humahuaca hasta el de la semana pasada. A mí a veces me da fiaca salir a trabajar al campo, pero es lo que me da energía, me mueve, tanto que me cuesta más elaborar el material de campo, tengo mucho material sobrando por ahí. Pero sí, esa actividad y, sobre todo, más el contacto con la gente. Les decía a los chicos que yo solo no salgo más al campo, porque es todo un control que te hace la gente, complementás un punto de vista con otro, pero la figura del antropólogo en la isla desierta, no. Me entusiasma tanto

que pienso que, si me tengo que retirar del todo de la antropología, me tengo que jubilar en serio, como suelo decir yo; en lo que yo me quedaría sería en la investigación, eso lo dije una vez y se enojaron mucho: para mí un antropólogo que no hace trabajo de campo es medio antropólogo. Además, se pierde lo mejor. Esa es la idea.